



ELEMENTOS PARA UNA TEORÍA DE LA LECTURA: (LECTURA E INTERPRETACION)*

Juan Fernando Pérez Salazar**

.....

RESUMEN

Concepción de la lectura como un movimiento en tres tiempos, denominados en su orden: lectura intratextual: aquella que aspira a investigar un texto para intentar establecer sólo desde el texto mismo lo que éste dice; lectura intertextual, segundo tiempo de lectura en el cual se pretende cotejar y someter a discusión párrafos, conceptos, enunciados, de dos o más textos, y finalmente lectura extratextual que pretende ubicar un enunciado o un conjunto de ellos, como campo referencial explícito donde debe inscribirse el texto base y que no es objeto de discusión. El conjunto de los tres tiempos se denomina lectura analítica. Hay un énfasis en la lectura intratextual pues se considera estrictamente indispensable para los otros dos tiempos y es condición de una ética de la discusión, presupuesto fundamental de una lectura enriquecedora.

Palabras-clave: LECTURA

TEORÍA Y PRACTICA DE LA LECTURA.

.....

* Este trabajo fue presentado en forma parcial en la «Jornada de Carteles» de la Asociación del Campo Freudiano de Colombia (ACFC) en Medellín, el 26 de noviembre de 1994. Anteriormente había sido discutido en otros espacios, también en forma parcial. Aquí se divulga la versión completa.

Opto por utilizar el vocabulario que he empleado en diversas partes para referirme al tema. Fue del profesor Saúl Sánchez, profesor de la Universidad de Antioquia, de quien conocí aspectos esenciales de su contenido y denominación; igualmente obtuve sugerencias y precisiones valiosas del profesor Jairo Montoya de la Universidad Nacional (Seccional de Medellín), así como de miembros de un cartel declarado en la ACFC, cuyo tema fue la interpretación. Otro tanto ocurrió con algunos participantes de una mesa de lectura de la ACFC y con algunos estudiantes de la Universidad de Antioquia. No obstante, los planteamientos que aquí se hacen son sólo responsabilidad de quien suscribe este texto. Empleo los términos propuestos por el profesor Sánchez, si bien estos son también utilizados en semiótica con propósitos y sentidos que no coinciden estrictamente con aquellos que aquí les asigno (ver entre otras referencias Greimas y Courtés, II, 1986).

** Exdirector y actual profesor del Departamento de Psicoanálisis. Facultad de Ciencias Sociales y Humanas. Universidad de Antioquia.



Se trata aquí básicamente de discutir algunos aspectos acerca de qué significa leer. También de la relación de la lectura con la investigación y dos o tres puntos más relativos al tema. Asumo la lectura como un acto de interpretación de un texto. Aludiré en lo fundamental a un procedimiento que se puede denominar *lectura intratextual*. Es un primer tiempo, que es complementado por otros dos. El segundo le designo *lectura intertextual* y el tercero *lectura extratextual*, términos estos que ya sugieren su definición. El conjunto de los tres tiempos es lo que propiamente llamo *lectura analítica*. término que en este contexto, lo subrayo, no es utilizado para designar lo que en forma eventual alguien quisiera denominar como «lectura psicoanalítica».

DEFINICIONES

Las definiciones básicas que aquí se utilizan son:

La **lectura intratextual** es un primer tiempo de lectura que aspira a investigar un texto, para intentar establecer, **sólo desde el texto mismo**, lo que éste dice.

La **lectura intertextual**, segundo tiempo de lectura, en el cual se pretende cotejar y someter a discusión unidades de análisis (párrafos, conceptos, enunciados, etc.) de dos o más textos, de uno o varios autores.

La **lectura extratextual**, tercer tiempo de lectura, que pretende ubicar un enunciado, o un conjunto de enunciados, como campo referencial explícito en el cual, se supone, debe inscribirse la lectura del texto de base.

La diferencia entre la lectura intertextual y la lectura extratextual radica en que ésta última, más que proponer una discusión entre unidades de análisis, sitúa un **campo referencial que explícitamente define**, y que no es objeto de discusión, pues se le considera como **doctrina** aceptada desde donde deben entenderse aspectos importantes de lo que dice un texto. La lectura extratextual es sólo un tiempo, es la forma de lectura desde la que se pretende producir una interpretación con la ayuda de un saber cualquiera. Cuando esta se convierte en la forma básica de lectura, es claro que la doctrina que opera como campo referencia, se torna así lenguaje de nivel superior, ubicado en ese lugar con el fin de penetrar un texto al cual se le asume como un discurso de nivel inferior.



Eventualmente, el campo referencial es corregido a partir de la lectura así efectuada, es decir, deja de ser considerado como doctrina para la interpretación de aquello que es objeto de discusión. En tal caso, hecho no muy habitual en general, la lectura extratextual pasa a ser propiamente intertextual. A menudo estas dos formas de lectura se realizan sin haber efectuado una lectura intratextual del texto que se pretende leer. Uno de los planteamientos que aquí se expone consiste en considerar las prácticas de lectura así emprendidas como un error frecuente e importante. En principio aquí no es indispensable que el segundo tiempo preceda al tercero, pero sí es necesario tener en cuenta sus diferencias.

Haré énfasis en la lectura intratextual en la medida en que la considero estrictamente indispensable para las otras dos indicadas. La estimo indispensable para un bien leer, lo cual, antes que un propósito técnico, o de un mero interés para la simple comprensión de un escrito, es condición de una ética de la discusión. Conviene considerar que **leer es un acto de discusión**, amistoso o no, que a menudo se prolonga más allá de la lectura misma.

En este sentido, se concibe aquí la lectura intratextual como una manera de interrogar en el lector su tendencia espontánea a la autoafirmación en sus posiciones, fundamentales o triviales. Se considera aquí esta tendencia cuestionable como tal, desde el punto de vista de una ética de la discusión, desde los presuntos fines de enriquecimiento intelectual que, se dice, pretende la lectura, o si se tienen en cuenta los efectos prácticos que de ella eventualmente se deriven, o aún sus posibilidades lúdicas. Haré énfasis en ella porque, en forma rigurosa, es la menos practicada, así sea ineludible, al menos en algún momento para todo lector, si se la toma como la relación más «directa» posible entre un lector y un texto.

DE LA LECTURA INTRATEXTUAL

Conviene destacar que si bien una lectura analítica es algo deseable, dadas las exigencias específicas de la misma (algunas de las cuales son precisadas más adelante), se espera que su realización efectiva se produzca especialmente en la investigación. Sería deseable que ella fuera el fundamento de toda posición como lector, en la que no se haya renunciado de antemano al pensar en favor de cualquier manera simple de autoafirmación.



La lectura intratextual es una forma de lectura **de un texto cualquiera**. Por tanto implica que el lector, en este primer tiempo, se sitúe de tal manera que tenga como único objeto de lectura el texto mismo, **en su mayor integralidad y literalidad posible**, es decir, que realice una lectura sólo a partir del conocimiento que debe tener de los códigos lingüísticos allí utilizados.

El texto en cuestión constituye entonces, insisto, el **único objeto manifiesto de lectura** dable al lector. Durante este tiempo se propone la **suspensión de toda lectura o referencia adicional**, invocada como necesaria para poder establecer qué dice allí, salvo que algún hecho lo exija explícitamente **como condición para una comprensión adecuada de la dimensión denotativa de los términos empleados en el texto**², por ejemplo, que implique obligatoriamente conocer un dato no brindado, que el lector ignore el significado de algunas palabras empleadas, que existan dudas fundadas acerca de la validez de la traducción utilizada, cuando se trate de textos originalmente escritos en otra lengua, u otras posibilidades análogas. En tales casos el diccionario, o las notas aclaratorias puntuales son los únicos complementos claramente previstos en la lectura intratextual.

Uno de los principios básicos para la lectura intratextual, principio que a su vez plantea los límites del procedimiento, es que la condición necesaria y suficiente para el lector sea sólo el conocimiento de la dimensión denotativa de los términos utilizados en el texto. Por insólito que parezca, las connotaciones de un término o expresión, casi siempre son deducibles a partir de la dimensión denotativa de los mismos, o susceptible de ser establecidas a posteriori, a partir de la decisión efectiva por parte del lector de pensar el texto. En este sentido aparece la exigencia de ser complementado por lecturas inter y extratextuales, si se aspira a interpretaciones más acabadas, lo cual no significa que las interpretaciones que se consigan en forma intratextual no sean básicas ni carentes de complejidad en muy diversas ocasiones. Sin embargo, el hecho de proponerle como momento necesario y previo a otras formas de lectura, implica, que, a través del mismo, aquello que esencialmente se

2. Utilizo aquí el término «denotativa» en su sentido más corriente (véase un diccionario cualquiera de la lengua, por ejemplo el Diccionario de la Lengua Española, de la Real Academia Española), es decir en el significado de una palabra (o de una expresión) en el cual coincide toda la comunidad lingüística en la cual está escrito el texto en cuestión. «Arbol» puede tener diversos significados, pero hay particularmente uno de estos en el cual coinciden los hablantes de la lengua española, en su conjunto.



pretende, sea crear algunas condiciones necesarias para que, en efecto, se ejerza el pensar en el acto de lectura; y a través de ese pensar real, se puedan establecer interpretaciones que permitan (y permiten) acuerdos básicos con relación a lo que dice un texto, lo cual considero que se consigue en la observancia de lo indicado.

Establecer acuerdos básicos es una ventaja indudable para diversos propósitos, entre ellos para cualquier discusión y para la construcción de una ética de la misma. Considero que en la mayoría de los campos, la imposibilidad del acuerdo se suscita por la producción de interpretaciones que se basan en lecturas de términos y de unidades en discusión, en las que juegan un lugar prioritario las dimensiones connotativas de los mismos, cuando no sustentadas en invocaciones meramente arbitrarias, interpretaciones propuestas por el lector desde su erudición o cualquiera otro lugar semejante, pero no a partir de la demostración de su presencia en el texto. No hay duda entonces que lo que se pretende es evitar que la proliferación de sentidos propia del lenguaje obligue a considerar la lectura como un acto finalmente imposible, o simplemente imaginativo o erudito, lo cual sin duda también es.

O para decirlo en otro lenguaje, se trata de reducir al máximo posible el malentendido propio de la comunicación humana, hecho omnipresente tanto en la lectura como en cualquier vínculo entre los hombres, fundado en la polisemia de los significantes. La ciencia proporciona una enseñanza en este sentido, al establecer significados unívocos en su lenguaje, lo cual hace que los acuerdos básicos allí sean más firmes. Esto, sin embargo, de ninguna manera impide que en la ciencia se presente también el malentendido, puesto que ella sólo es posible gracias al sujeto y por tanto se introduce la polisemia de los significantes. Es la univocidad del lenguaje científico la razón de la llamada objetividad de la ciencia, punto tan difícil de entender para el positivismo.

Por otra parte, conviene tener en cuenta que la dimensión denotativa de un término constituye un delicado problema, en particular cuando se trata de la lectura de traducciones, más si son de textos antiguos. Provisionalmente indico que para la discusión acerca de traducciones en la lectura intratextual, es necesario suponer el texto en cuestión como texto original, pues de lo contrario lo que se inicia es una lectura intertextual. Cabe aquí anotar que esto subraya el carácter incompleto del procedimiento propuesto, "incompletud" que, sin embargo, todo método posee.

Ahora bien, cuando el lector ignora el significado de algunas palabras empleadas, o algún dato necesario en el texto, o existen dudas fundadas acerca de la validez de



la traducción utilizada u otras posibilidades análogas, y parece necesario apelar al diccionario o a notas aclaratorias, es corriente constatar que, desde el mismo texto que se lee, se puede establecer el significado de un vocablo, al menos en el texto; también, insisto, las diversas connotaciones y matices de una expresión o de un concepto o de un dato para el autor en referencia, inclusive en muchas de las circunstancias en las que se les ignore de antemano. No siempre es posible esto desde luego, pero sí con mayor frecuencia de la que se puede suponer.

En este sentido también se insiste aquí, en que las referencias a otros textos del mismo autor no deben ser consideradas, hasta tanto se produzca una interpretación intratextual de aquel que es objeto inmediato de lectura. Se trata pues de leer lo que se lee, y no algo que la erudición o cualquier otra razón invoque como complemento o condición de comprensión. Es sólo a partir de la dimensión denotativa de los términos de un texto, que se aspira, en principio a través de la lectura intratextual, a establecer otros sentidos que los términos o conceptos empleados allí puedan tener, sin necesidad de apelar a otros textos o referencias que los indiquen, salvo que lo imponga una de las razones anotadas.

Conviene no olvidar, como quedó antes indicado, que cuando se trata de traducciones, se produce algo particularmente significativo para la lectura intratextual. Es el hecho de que el lector se encuentra ya ante otra interpretación previa y específica del texto, interpretación introducida por el traductor y particularmente activa para el lector. Por tanto, no se halla ante aquello que muchas veces asume desprevenidamente como texto original. Es conocida la importante cantidad de controversias y de malentendidos que desde allí se engendran. No es posible examinar en este lugar el sinnúmero de interrogantes que plantea la lectura de textos traducidos, aspecto que sería necesario tratar si aspira a una teoría más elaborada acerca de la lectura. Llamo la atención sobre los dos puntos señalados, es decir, la presencia de otro texto, si se quiere invisible, en la lectura, y la necesidad de asumir el texto traducido como texto original, para la lectura intratextual, lo cual será objeto de eventuales correcciones posteriores.

Subrayo que el procedimiento contiene el presupuesto de que tanto la estructura sintáctica como los significados de las palabras que el texto utiliza, son conocidos (o establecidos), asumidos y utilizados en la lectura por el lector. Se reduce a esto toda la erudición exigible. Es necesario destacar que conocer el significado de un



término no siempre equivale a utilizarlo en la lectura, y que con no poca frecuencia los lectores llegan a des-conocer tales significados, en virtud de los imperativos de producir prematuramente sentencias acerca de un escrito. Tampoco se dice aquí que conocer el significado de un término sea conocer toda la dimensión conceptual que un autor le otorgue.

Todo lo anterior constituye una propuesta para poder asumir lo que debería ser obvio, es decir, situarse como lector en la disposición de aceptar que un texto dice algo en su literalidad misma; y que por ello establecer ese algo es condición de toda lectura.

DEL PROPOSITO

Es claro, como lo plantea R. Chartier, que la lectura es por definición rebelde y vagabunda y que son infinitos los procedimientos y astucias tendientes a no someterse a la voluntad que propone el creador de un texto. Por ello debe precisarse un poco más lo anteriormente indicado. ¿Qué pretende la lectura intratextual, tal como la concibo y acabo de definir? Producir una interpretación básica acerca de la cual se pueda disponer de un grado de certidumbre altamente razonable. Esa certidumbre se funda en el hecho de que la interpretación en cuestión está construida esencialmente a partir de lo que debería considerarse como la fuente básica de toda lectura, es decir el texto mismo, y no desde tesis o decires importados al mismo por el lector; en la consistencia lógica que se espera que rija su construcción; y en la posibilidad efectiva de ser sometida a cualificaciones sucesivas a través de otros tiempos de lectura, y de contrataciones por la discusión que ella pueda suscitar.

Es decir, la lectura intratextual intenta establecer, con el mayor rigor posible, qué es lo que esencialmente dice un texto que se pretende haber leído, a partir de lo que allí dice, no de lo que se le atribuye o se exija como condición de lectura, más allá del texto. Se trata entonces de un procedimiento para producir una interpretación básica e incompleta, en principio necesaria a cualquiera otra; no pretende que desde allí se puedan responder a todas las preguntas pertinentes que le sean formulables a un texto, ni tampoco entonces estar exento de la posibilidad del error. Tampoco se plantea como posible el que sea practicada con todo tipo de textos, aun cuando



sí con una cantidad muy significativa. No se habla por tanto aquí de lecturas muy particulares o circunstanciales, como la de algún manuscrito antiguo y enigmático hallado en alguna isla solitaria en una botella de origen desconocido.

Que existe un más allá del texto y del lector, no hay duda. Que ese más allá incide en la lectura, y no de cualquier manera, no sólo es cierto sino que desconocerlo sería necio. Que los hábitos y las teorías de lectura imperantes han establecido que para leer correctamente es necesario invocar erudiciones crecientes que lo iluminen, y así se colmen las dudas y vacíos que ésta suscita, es igualmente cierto. Que resulta muy exigente para muchos lectores intentar poner en suspenso momentáneamente sus concepciones, saberes y posiciones cuando lee, es indudable. Que el ejercicio propuesto contradice las más variadas tradiciones, prácticas y teorías de la lectura, y que en consecuencia es legítimo sospechar del mismo, también es cierto.

No obstante, este procedimiento ha mostrado validez y fecundidad como forma de investigación de un texto. Exige como condición mínima, pero no única, una posición ética como lector, un poco de «buena voluntad», de esfuerzo, en especial para poner en suspenso, al leer, algunos preconceptos. También exige que se tenga en cuenta que se trata sólo de un primer tiempo, sucedido por otros que consideran, éstos sí, ese «más allá del texto», tan socorrido en general.

La interpretación obtenida a través de una lectura intratextual se considera, en este lugar, como una conclusión y por tanto, como el resultado de un proceso regido por las premisas señaladas, y por una temporalidad lógica, la de la organización sintáctica del texto, y la de su(s) significación(es).

Quizá convenga añadir que, de acuerdo con lo observado en experiencias de lectura intratextual, uno de los efectos que suscita la utilización del procedimiento es el de la pacificación del lector, en especial cuando se trata de abordar textos complejos. Esto, en principio parece explicable por el hecho de que no se está supeditado, esencialmente, a nada diferente del texto que se asume. En este sentido el procedimiento implica asumir una posición de sujeto responsable de la lectura y no de eco de interpretaciones, erudiciones y saberes, que se supone debería conocer e interponer entre el texto y su lectura, las cuales no pocas veces introduce etéreamente, sin comprender con claridad su razón de ser, para así nublar su acto y suscitar de esta manera cantidades de angustia, muchas veces significativas, que terminan por producir los más variados e indeseables efectos.



En suma, se trata de proponer una forma de lectura en la que se considere al lector como sujeto que valoriza ante todo el pensar, es decir que aspira a establecer lo esencial, de un texto para el caso, no como sujeto convocado para la autoafirmación y la repetición. Todo ello fundado en una posición que aspira a una ética, vigente también en el acto de leer.

DE LA TEMPORALIDAD EN LA LECTURA INTRATEXTUAL

Es ya conocida con cierta amplitud la tesis de Lacan sobre la temporalidad lógica que rige en una indagación cualquiera (ver Lacan, J., 1984. pp. 187-203). Lacan estableció que en procesos tales se produce la vigencia de tres tiempos que es necesario diferenciar. Los designa como *el instante para ver*, *el tiempo para comprender* y *el momento para concluir* y estos definen una sucesión lógica más que una cronología. Los términos propuestos por Lacan describen en forma adecuada, el sentido que les asigna. Puede notarse que tales denominaciones comportan un orden lógico, orden que parte del ver, pasa por el comprender y termina por concluir. A la vez establece cómo hay una cierta cronología diferenciable entre ellos. Para el primer tiempo habla de un «instante», para el segundo de «tiempo» y para el tercero de «momento». Esto sugiere una cierta brevedad para el primer tiempo, una posibilidad de detención en el segundo, y nuevamente una cierta brevedad para el último.

Considera el *instante para ver* como el momento inicial de confrontación con el objeto, en el cual se produce la percepción de su globalidad, pero de ninguna manera la comprensión cabal del mismo. Es tiempo de lo imaginario. Es tiempo de formulación de las hipótesis más generales y provisionales. El *tiempo para comprender* es el tiempo del análisis, de la formulación de preguntas, de confrontación con las hipótesis iniciales, y de adición de nuevos elementos, antes no captados en el objeto. Finalmente, el *momento para concluir* es el tiempo de la decisión, de la síntesis, de la formulación de la interpretación más o menos definitiva, obtenida a través de todo el proceso. Es un tiempo en el que se espera haber franqueado lo imaginario para acceder a una interpretación conclusiva.

Planteo estos tiempos lógicos para la lectura intratextual como aquellos que constituyen el conjunto del proceso así designado, los cuales deben darse en la



sucesión indicada, para producir la interpretación. Lo anterior implica algunas precisiones.

Como quedó señalado el *instante para ver* es el tiempo inicial, de percepción global del objeto. Esto implica en la lectura intratextual una lectura inicial, no detallada, que permita una primera aproximación general. Pretende disponer de una primera visión, una lectura provisional; es un tiempo de información, pero lectura indispensable, por que es fuente de datos de importancia para los otros tiempos, que de otra manera el lector no podría disponer sin apelar a otros lectores. Lectura que pretende establecer la «confección» (según la vivaz expresión del profesor Montoya) de la escritura del texto. Exige, si el leer quiere ser pensante, ser complementado por un *tiempo para comprender*, tiempo de preguntas.

Esto significa que es necesario interrogar al texto, pero inicialmente interrogarle desde sí. E interrogarle en forma pertinente, es decir, con relación a lo que se ha logrado discernir. A ello contribuye eficazmente el poder disponer de una primera aproximación global al mismo. El segundo tiempo es entonces tiempo de interrogación de las primeras hipótesis establecidas, de adición de nuevos elementos a la lectura inicial, tiempo de la captación de las consistencias o inconsistencias internas que lo definen. Por lo tanto, es tiempo de la definición de las relaciones internas que rigen su construcción, de revisión de cómo su gramática incide en la producción de sentido, o de sus inconsistencias; tiempo de la precisión, lo más puntual posible, de los significados que tienen los términos que constituyen el texto y del sentido que lo orienta.

Finalmente, y como resultado de lo anterior, se da el *momento de concluir*. Es el momento de formulación de una interpretación acerca de lo que dice el texto, momento de producción de uno (o varios) enunciados que expresen una conclusión acerca de lo que el texto dice.

Se podrá observar cómo en las prácticas de lectura corrientes se pasa de lo que aquí se designa como el *instante para ver* en la lectura, a lecturas intertextuales o extratextuales, sin haber realizado los dos tiempos lógicos adicionales indicados para la lectura intratextual, es decir, sin disponer, en estricto sentido, de una lectura mínima necesaria, al menos para las exigencias de la investigación científica, y sin haber efectuado una lectura rigurosa del (de los) texto(s) que se le opone(n). Esto



significa que, de lecturas propiamente imaginarias, por tanto fragmentarias e imprecisas, se pasa a menudo a instaurar discusiones u oposiciones de tesis y doctrinas, sin haberse permitido, como lector, establecer lo que efectivamente un autor puede haber consignado en su texto. Los efectos que ello produce son sin duda, muy diversos.

Hugo de San Víctor, filósofo y gramático del siglo XII, propone dividir el comentario de un texto en tres tiempos, los cuales no dejan de evocar diversos aspectos aquí mencionados.

Son ellos *litera, sensus y sententia*. J. A. Miller los describe de esta manera: «*Litera* es el nivel de comprensión del texto, el nivel más gramatical. *Sensus* es el nivel del significado, de la manera más explícita y fácil (...). *Sententia*, inteligencia profunda de la significación. Es solamente este nivel de la *sententia* el que puede justificar la disciplina del comentario». (Miller, J. A. 1987. pp. 14-15)³. Los términos señalados indican ciertos énfasis que el comentarista de la Edad Media hacía en su lectura. En la *litera* rige la letra, la literalidad. En el *sensus* el objetivo es el desciframiento. En la *sententia* el propósito es la construcción de la síntesis, a través de las *sententiae*. Quizás se podrá reconocer que los tiempos lógicos propuestos aquí para la lectura intratextual podrían también considerar el vocabulario del filósofo medieval, y así observar cómo un leer medieval se fundaba en la importancia concedida a proceder desde la literalidad del texto. También cómo la significación que tenía la interpretación del mismo se establecía a partir de sentencias, es decir de esfuerzos de reflexión y de síntesis precedidos del análisis.

Con esto se trata de destacar la significación del leer cuando el texto se asume como algo digno, en sí, de ser explorado, como algo que merece ser oído. Ello no garantiza, desde luego, que los resultados siempre sean incontrovertibles. Sólo revelan una posición ante el texto que aquí intento resaltar como necesaria, posición que lectores de diversas épocas cultivaron y que ha servido para construir prácticas de lectura pensantes; lectura posible, cuando el texto es considerado como objeto valorizado efectiva y no formalmente, decantación, no pocas veces, de una historia compleja y de difícil acceso. Es una postura pues ante el texto que se da desde

3. Un examen más amplio de diversos aspectos de la retórica medieval puede hallarse entre otros textos en J. J. Murphy, *La retórica en la Edad Media*. F.C.E., México, 1986, (1974).



tiempos lejanos, postura que la época actual en general, época de *poubellications*⁴, tiende a olvidar en forma casi total, seguramente por la lógica que la prisa impone. Téngase en cuenta, sin embargo, que prisa aquí quiere decir también impedimento, obstáculo que el lector coloca para el pensar, como lo testimonian de manera elocuente las llamadas formas de lectura rápida, para las cuales la información sustituye radicalmente el pensar, revelando de esta forma la perspectiva de los ideales que caracterizan lo propio de la época.

Lacan dio pruebas reiteradas de ser un lector agudo, riguroso, provisto de una escucha precisa y metódica; en este sentido también analista, es decir alguien que se deja permear por el discurso de otro, para intentar captar los puntos esenciales («puntos de almohadillado» les llamó) que articulan un discurso. No puede por tanto sorprender que su obra esté llena de anotaciones, críticas e indicaciones acerca de la lectura, lo cual será necesario que alguna vez alguien ordene en forma sistemática.

Este texto se pretende inspirado, en más de un punto, en tesis y conceptos de Lacan y pretende asumir, con todo el rigor posible, un fundamento metodológico de su obra, expresado en diversos lugares. Me refiero a lo que por ejemplo en una entrevista con Paolo Caruso indica: «Mi retorno a Freud significa simplemente que los lectores se preocupen por saber qué es lo que Freud quiere decir, y la primera condición para ello es que lo lean con seriedad. Y no basta, porque como una parte de la educación secundaria y superior consiste en impedir que la gente sepa leer, es necesario todo un proceso educativo que permita aprender a leer de nuevo un texto. Hay que reconocerlo, antes no se sabía hacer otra cosa, pero al menos se hacía bien; en cambio, actualmente tampoco sabemos hacer otras cosas, aunque estamos convencidos de ello; no basta con hablar de método experimental para saberlo practicar. Sentado esto, saber leer un texto y comprender lo que quiere decir, darse cuenta en qué *modo* está escrito (en sentido musical), en qué registro, implica muchas otras cosas, y sobre todo penetrar en la lógica interna del texto en cuestión». (Lacan, 1969, p. 95).

4. Neologismo propuesto por Lacan para indicar, entre otros hechos, la posición corriente del lector contemporáneo, donde el texto a menudo se halla finalmente destinado a terminar en la basura, destino que orienta la posición del lector como tal. *Publicación* se dice en francés *publication*, palabra que queda deformada en este neologismo, introduciendo en él el término *poubelle*, basura.



significa que, de lecturas propiamente imaginarias, por tanto fragmentarias e imprecisas, se pasa a menudo a instaurar discusiones u oposiciones de tesis y doctrinas, sin haberse permitido, como lector, establecer lo que efectivamente un autor puede haber consignado en su texto. Los efectos que ello produce son sin duda, muy diversos.

Hugo de San Víctor, filósofo y gramático del siglo XII, propone dividir el comentario de un texto en tres tiempos, los cuales no dejan de evocar diversos aspectos aquí mencionados.

Son el *littera*, *sensus* y *sententia*. J. A. Miller los describe de esta manera: «*Littera* es el nivel de comprensión del texto, el nivel más gramatical. *Sensus* es el nivel del significado, de la manera más explícita y fácil (...). *Sententia*, inteligencia profunda de la significación. Es solamente este nivel de la *sententia* el que puede justificar la disciplina del comentario». (Miller, J. A. 1987. pp. 14-15)³. Los términos señalados indican ciertos énfasis que el comentarista de la Edad Media hacía en su lectura. En la *littera* rige la letra, la literalidad. En el *sensus* el objetivo es el desciframiento. En la *sententia* el propósito es la construcción de la síntesis, a través de las *sententiae*. Quizás se podrá reconocer que los tiempos lógicos propuestos aquí para la lectura intratextual podrían también considerar el vocabulario del filósofo medieval, y así observar cómo un leer medieval se fundaba en la importancia concedida a proceder desde la literalidad del texto. También cómo la significación que tenía la interpretación del mismo se establecía a partir de sentencias, es decir de esfuerzos de reflexión y de síntesis precedidos del análisis.

Con esto se trata de destacar la significación del leer cuando el texto se asume como algo digno, en sí, de ser explorado, como algo que merece ser oído. Ello no garantiza, desde luego, que los resultados siempre sean incontrovertibles. Sólo revelan una posición ante el texto que aquí intento resaltar como necesaria, posición que lectores de diversas épocas cultivaron y que ha servido para construir prácticas de lectura pensantes; lectura posible, cuando el texto es considerado como objeto valorizado efectiva y no formalmente, decantación, no pocas veces, de una historia compleja y de difícil acceso. Es una postura pues ante el texto que se da desde

3. Un examen más amplio de diversos aspectos de la retórica medieval puede hallarse entre otros textos en J. J. Murphy, *La retórica en la Edad Media*. F.C.E., México, 1986, (1974).



tiempos lejanos, postura que la época actual en general, época de *poubellications*⁴, tiende a olvidar en forma casi total, seguramente por la lógica que la prisa impone. Téngase en cuenta, sin embargo, que prisa aquí quiere decir también impedimento, obstáculo que el lector coloca para el pensar, como lo testimonian de manera elocuente las llamadas formas de lectura rápida, para las cuales la información sustituye radicalmente el pensar, revelando de esta forma la perspectiva de los ideales que caracterizan lo propio de la época.

Lacan dio pruebas reiteradas de ser un lector agudo, riguroso, provisto de una escucha precisa y metódica; en este sentido también analista, es decir alguien que se deja permear por el discurso de otro, para intentar captar los puntos esenciales («puntos de almohadillado» les llamó) que articulan un discurso. No puede por tanto sorprender que su obra esté llena de anotaciones, críticas e indicaciones acerca de la lectura, lo cual será necesario que alguna vez alguien ordene en forma sistemática.

Este texto se pretende inspirado, en más de un punto, en tesis y conceptos de Lacan y pretende asumir, con todo el rigor posible, un fundamento metodológico de su obra, expresado en diversos lugares. Me refiero a lo que por ejemplo en una entrevista con Paolo Caruso indica: «*Mi retorno a Freud* significa simplemente que los lectores se preocupen por saber qué es lo que Freud quiere decir, y la primera condición para ello es que lo lean con seriedad. Y no basta, porque como una parte de la educación secundaria y superior consiste en impedir que la gente sepa leer, es necesario todo un proceso educativo que permita aprender a leer de nuevo un texto. Hay que reconocerlo, antes no se sabía hacer otra cosa, pero al menos se hacía bien; en cambio, actualmente tampoco sabemos hacer otras cosas, aunque estamos convencidos de ello; no basta con hablar de método experimental para saberlo practicar. Sentado esto, saber leer un texto y comprender lo que quiere decir, darse cuenta en qué *modo* está escrito (en sentido musical), en qué registro, implica muchas otras cosas, y sobre todo penetrar en la lógica interna del texto en cuestión». (Lacan, 1969, p. 95).

4. Neologismo propuesto por Lacan para indicar, entre otros hechos, la posición corriente del lector contemporáneo, donde el texto a menudo se halla finalmente destinado a terminar en la basura, destino que orienta la posición del lector como tal. *Publicación* se dice en francés *publication*, palabra que queda deformada en este neologismo, introduciendo en él el término *poubelle*, basura.



para la lectura intratextual. Este planteamiento no es, estrictamente hablando, una invención reciente, como quedó indicado atrás; hunde sus raíces en una antigua tradición, rica en producción, tradición de investigación que desarrolla la pregunta ¿qué significa leer?, y que tiene uno de sus más notables expositores en Borges, erudito singular y hombre de letras. Consúltese al respecto, si se considera necesario, su inolvidable relato *Pierre Menard, autor del Quijote*, entre otros⁵.

Es evidente que un texto así indagado se convierte en un objeto de atención prolongada para el lector, lo cual significa que si se le asigna tal privilegio, es porque las razones para hacerlo están definidas de antemano. Por ejemplo, en una investigación cuando se considere necesario establecer lo que en efecto dice un escrito, en la forma más rigurosa posible. Textos de interés circunstancial, como los periódicos, difícilmente pueden ser sometidos a esta forma de lectura, al menos en todo su rigor. Sin embargo, tal dificultad pone de presente, entre otras cosas, la imprecisión de los juicios que a menudo establecen los lectores, y más allá de esto, el conflicto que existe entre las concepciones así forjadas y el pensar. Esa dificultad efectiva que plantea en especial la lectura intratextual, pone de presente igualmente el porqué se la propone en lo esencial como procedimiento de investigación, así como para cualquier ambición de una real formación intelectual, las que en última instancia deberían ser consideradas como coexistentes, en cualquier circunstancia.

Finalmente debo destacar, en este orden de referencia, que a partir de la lectura intratextual se defenderá la construcción obtenida, contra todas aquellas que antes que leer, obligan a un texto a decir lo que ese lector desea que aquél diga. Reconoce así, de hecho, que la defensa de una interpretación elaborada es tanto un compromiso ético como teórico-práctico.

5. Es claro que destaco voluntariamente el carácter de erudito de Borges, entre otras razones para señalar que existen diversas formas y funciones de la erudición. Queda así planteada la necesidad de una discusión más detallada acerca de la erudición en general, como también acerca del concepto de ignorancia. Por ahora señalo que lo indicado tiene en cuenta que la ignorancia es posible definirla, o bien como un estado de carencia, o por el contrario, como «un estado de plenitud» y por tanto como correlato regular de las diversas formas de erudición aquí interrogadas. Esto implica que si se considera la ignorancia como plenitud, («y su consecuencia natural, el espíritu arrogante» al decir de O. Paz) no es este el sentido al que aquí me refiero como condición de la investigación y como posición del lector interesado en realidad en establecer qué es lo que dice un texto.



OTRAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LA RELACION LECTURA-PSICOANALISIS

Como queda indicado, la lectura intratextual adquiere parte importante de su fundamentación en el psicoanálisis, aunque no implica que se considere aquí el acto analítico como un acto de lectura. Tampoco he intentado plantear que la lectura intertextual sea considerada como una réplica de la actividad del analista, como algún comentarista de esta propuesta lo ha sugerido, así contenga ciertamente diversos elementos de aquella. Significa esencialmente que desde el psicoanálisis es posible contribuir a la fundamentación de actos diferentes de aquellos que le son suyos; porque si el psicoanálisis se interroga por el sujeto a partir del significante, consiguiendo con ello una teoría del sujeto y del significante, esto le autoriza para emprender exámenes diversos sobre fenómenos significantes, más allá de la clínica misma, tal como lo ha mostrado una ya larga tradición inaugurada por Freud; o dicho de otra manera, el psicoanálisis puede contribuir a prácticas diversas (la lectura es un ejemplo de ello) y concepciones, como también al esclarecimiento de fenómenos, que no pertenecen en forma específica a su campo y que, sin embargo, le pueden competir en forma directa, justamente porque el significante se halla en juego. ¿Será acaso necesario recordar que un texto es materia significativa?

Por lo anterior parece pertinente hacer algunas consideraciones adicionales sobre lo que acabo de esbozar.

Si bien el psicoanálisis, a partir de Lacan, no reduce todo al orden significativo, su acto se define como un tratamiento de lo real por lo simbólico. La consigna según la cual «en Lacan no todo es significativo» sin embargo no parece posible de ser entendida como una exclusión de la noción de significativo del orden de lo simbólico, o como el simple olvido y abandono del significativo, como implícitamente (no al teorizarlo) parece que quisiera sugerirse en algunos ámbitos. Estimo prudente recordar que no es correcto arrojar el niño con el agua sucia en la cual se le ha bañado, para decirlo tal como se acostumbra en una cierta jerga.

Sólo me es posible en este lugar llamar la atención sobre lo que considero una confusión importante, confusión relativa a la noción de lo real en Lacan. Estimo que la noción lacaniana de lo real se torna impropia y se la simplifica y altera en forma hartamente significativa, cuando de hecho o por confusión legitimada, se la hace equivaler a los conceptos de lo material y lo existente.



Lo real en Lacan no es equivalente a las nociones indicadas y él mismo se esforzó por diferenciarlas, al incluir en lo real segmentos que han quedado tradicionalmente excluidos de la misma, o mal definidos allí. Será necesario otro lugar más específico para mostrar las diversas consecuencias de esta confusión, que ha obturado el acceso al psicoanálisis a importantes corrientes del pensamiento de la época.

Considero que darle un lugar relevante a lo real en psicoanálisis y exigir una elaboración clara del concepto, no equivale a abandonar toda referencia al significante. Pero darle un lugar no es lo mismo que abusar de él, como ha sucedido en diversos momentos de la historia del psicoanálisis. Ese lugar específico lo recuerdan múltiples proposiciones y estrategias que conforman la doctrina psicoanalítica acerca de la dirección de la cura. Baste aquí recordar un principio freudiano, elocuente al respecto, según el cual en psicoanálisis se rechaza la interpretación a través de diccionarios o claves preconcebidas; se plantea así en la medida en que éstos irían en contradicción con la escucha de la cadena significante del paciente. Tampoco propone exámenes y estudios complementarios a la palabra del paciente como condición del acceso a su discurso.

Desde allí se han construido aspectos decisivos respecto a la posición del analista, caracterizada por la escucha, la cual a su vez, como lo he destacado atrás, se define por hallarse articulada a la ignorancia, no al saber. Se trata de un planteamiento que también Freud definió como el fundamento del acto del analista y que se establece en el reconocimiento de que el saber no equivale a la verdad, sino que por el contrario generalmente está allí para obstruirla. En gran medida este es el principio que define el recorrido, la experiencia y la causa analítica.

De todas formas parece aquí pertinente recordar una fórmula de Lacan: «La ignorancia en efecto no debe entenderse aquí como una ausencia de saber sino, al igual que el amor y el odio, como pasión del ser; pues puede ser, como ellos, una vía en la que el ser se forma. (...) El fruto positivo de la revelación de la ignorancia es el no-saber, que no es una negación del saber, sino su forma más elaborada». (Lacan, J. 1984. pp. 344-5).

De lo indicado también puede reconocerse que aquí se define la interpretación en la cura, más que como el objetivo del acto del analista, es decir como el propósito



de procurar un sentido a una conducta o a un significante, como el medio para crear las condiciones para que se produzca en el sujeto una nueva posición relativa a sus formas de goce. Por tanto, no se concibe al psicoanálisis como una hermenéutica. Ello no significa que se renuncie a la interpretación, sino que se reconocen «los poderes de la palabra», poderes que, no son todos loables, es necesario saberlo. En este espíritu está inspirada la propuesta que aquí se hace para la lectura, propuesta que se expone para que pueda ser enriquecida y corregida con argumentaciones consistentes.

Cabe aún anotar algo al respecto, a título de ilustración. En cierta oportunidad en la que planteaba esta propuesta de lectura ante un círculo de expertos (profesores y especialistas en materias de especial proximidad con lo que aquí se expone), se me reprochó vivamente la supuesta inspiración hermenéutica de la misma. En realidad no me fueron claras las razones de tal reproche. Este se apoyaba en una simple descalificación adjetiva y no argumentada de la hermenéutica.

No es mi propósito aquí examinar este cuestionamiento. Lo menciono para indicar una de las vías de formación del malentendido en la discusión. Sin embargo, si se tratara de entrar a considerarlo, habría que exigirle al mismo, al menos, la eventual demostración acerca del error que existe en permitirle a un texto decir lo que éste pretende decir. Y esto, antes de atribuirle al empeño de no leer pensante, calificaciones, adjetivos, o inspiraciones que le son ajenas. También sería exigible un esclarecimiento de las nociones de interpretación, hermenéutica, sentido, significado y significación, en psicoanálisis, cuando se le invoca como obvio respaldo de dicho cuestionamiento.

Es de interés subrayar que el psicoanálisis ha establecido que el malentendido es esencial en la comunicación humana y no un accidente en este proceso. Por tanto el bien-entender(se), no equivale a bienestar; implica una ética, una ética constituyente, que no puede ser el resultado de esfuerzos circunstanciales que los sujetos deban realizar para disipar hechos aleatorios que participarían en los vínculos humanos. Se le piensa como el efecto de posiciones subjetivas definidas, que interroguen la amplitud de los malentendidos que desde sí siempre se generan en cualquier vínculo (por ejemplo con el decir de alguien en un texto), para poder disponer de un lugar desde donde el decir del otro pueda ser escuchado.



OBSERVACIONES COMPLEMENTARIAS

1. Algún lector de esta propuesta podría considerarla como un esfuerzo más, en esa empresa insistente de la época de supresión del sujeto; en este caso, en el acto de leer. O dicho en un lenguaje más semiológico, un intento por soslayar la intervención interpretativa del destinatario de un texto. En este sentido la propuesta contendría un ideal de objetividad, ideal que esperaría lograrse a través del procedimiento indicado. Lejos estoy de proponerlo y muy diversos elementos del texto mismo (que aspiro que sean notados) pretenden subrayar la participación del sujeto en cualquier acto llamado humano, y que por tanto participa igualmente en la lectura, sea ésta o no analítica. Sin embargo, a partir de allí lo que se plantea es la posibilidad de un debate sobre la función y significación del sujeto en general. Debo señalar que situar tal debate en términos de legitimación, o por el contrario de posibilidad de conseguir la supresión del sujeto, no sólo no es el propósito, sino que a su vez estimo que se trata de una muy deficiente manera de abordar este punto. Permítaseme una breve consideración al respecto.

Estimo que tal discusión exige, a mi juicio, definir muchos puntos con relación a la posición de la época relativa al sujeto, y lo que desde el psicoanálisis se pretende rescatar con la causa analítica. Exige considerar en extenso y en forma puntual, el problema relativo al malentendido esencial en los vínculos humanos, y la función de la ética para reducirlo; también, en lo más específicamente semiológico de la lectura, examinar conceptos y problemas como los de cooperación del lector, las estrategias generativas del autor, el marco generativo del texto, los elementos neutros del texto o los mundos posibles de un texto, entre otros. De todas formas aquí, de una u otra manera, éstos han sido considerados, así sea sólo parcialmente y bajo otras designaciones. Aún así es posible al menos añadir algo al respecto.

Umberto Eco, ese singularísimo intelectual contemporáneo, autor de una novela casi inigualable en las letras de la segunda mitad del siglo, semiólogo de un justo reconocimiento internacional, hombre obsesionado con la interpretación textual, erudito no pocas veces abusivo e inútil (¡no siempre desde luego! para fortuna de sus innumerables y admirativos lectores, entre los cuales me incluyo), y ejemplo notable, en algunas de sus actividades intelectuales, para



tener en cuenta en el cuestionamiento que aquí se hace de una función que adquieren ciertas formas de la erudición en la lectura, ha discutido con argumentos lúcidos y variados, la inevitable intervención del lector en la interpretación de un texto. Examinar los planteamientos de Eco al respecto puede resultar de gran interés en diversos sentidos, entre otros en la medida en que pone de presente la posibilidad de establecer, junto con la que aquí se ha expuesto, dos maneras diferentes, y sin duda no las únicas, de ubicar la participación del sujeto en la interpretación de un texto. Esto implica que suponer la participación del sujeto tampoco conduce simple y llanamente a idénticos resultados, como se puede inferir a partir de lo que acabo de indicar. Señalo lo anterior porque hay en Eco una valiosísima referencia para considerar el punto planteado.

2. Antes de finalizar quisiera destacar otro punto que da lugar a diversos equívocos: la exposición de los resultados de un trabajo de lectura como el que aquí se ha descrito no equivale al trabajo mismo de lectura. La exposición puede incluir, además de diversos aspectos de una lectura, los comentarios, las tesis o elaboraciones que el lector, (ahora convertido en expositor, autor si se quiere), considere necesario indicar, productos éstos de actividades cuyo origen puede ser muy diverso. La exposición de resultados puede ser examinada en otro contexto, por ejemplo con relación a la naturaleza y función de la escritura.
3. Estimo que en todos los lugares donde se pretende proporcionar formación y enseñanza, se debería discutir más y mejor sobre qué significa leer. En una época (época también de la informática), donde la «lectura rápida» no sólo es proposición sino ideal, cuasi-exigencia y aún deseo, la degradación del leer es casi inevitable. A esta degradación se está contribuyendo decisivamente desde las universidades, de las más variadas maneras; piénsese si no en la función que éstas le han llegado a conceder al manual en procesos llamados de formación y enseñanza, en la confusión promovida entre educación e información, en la transformación de las universidades en institutos politécnicos, en los obstáculos que se elevan también allí contra la investigación, etc., devaluando explícita o implícitamente las posibilidades de la lectura y por consiguiente del pensar. La lectura ha pasado a ser simplemente una actividad complementaria, de procuración de información y, en últimas, simplemente una «actividad útil», es decir, de interés. De esta manera llega a equiparársela con otras cosas más hacia



las cuales se torna hoy nuestro interés. Y se tiene que recordar que no es señalamiento desacertado decir que «para el interés de hoy sólo vale lo interesante, que es aquello que permite ser indiferente un instante después, para ser suplantado por otra cosa, que nos toca tan poco de cerca como la anterior», como lo indica algún pensador fundamental de nuestro tiempo.

BIBLIOGRAFIA

Existe una amplísima bibliografía sobre la lectura. Se indican a continuación algunos textos que pueden ser considerados como guías para quien desee proseguir alguna elaboración sobre el problema. No se pretende, de ninguna manera, ser exhaustivo, ni siquiera mencionar algunos textos clásicos sobre el leer. En este sentido ya se hizo aquí mención a Cervantes o a un cuento de Borges, y la lista de este tipo puede ser muy extensa. Tampoco se dice aquí, al mencionar un texto en esta bibliografía, que siempre se comparten plenamente las tesis que allí se sostienen.

ARISTOTELES

Poética / Aristóteles. -- Madrid : Gredos, 1974, (Biblioteca Románica Hispánica. IV. Textos, 8).

BARTHES, Roland y otros.

Análisis estructural del relato / Roland Barthes. -- Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1970, (1966).

BARTHES, Roland.

El Susurro del lenguaje / Roland Barthes. -- Barcelona: Paidós. 1987, (1984). (Col. Paidós Comunicación, No. 28). (En particular allí «Sobre la lectura», aun cuando el libro en su conjunto contiene otros textos de interés sobre el tema).

BORGES, Jorge Luis.

El Libro / Jorge Luis Borges. // En: Selección del cuento latinoamericano de Vélez Dosshan, H. y Torres Aparicio, M. -- Bogotá: Taller Gráfico, 1982.



CHARTIER, Roger.

El orden de los libros / Roger Chartier. -- Barcelona: 1994, (1992). Gedisa, (Col. Lea No. 4).

DANTE, Alighieri

Carta al Cangrande della Scala / Dante Alighieri .

DUCROT, Oswald y TODOROV, Tzvetan.

Diccionario Enciclopédico de las Ciencias del Lenguaje / Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov. Buenos Aires : Siglo XXI. 1974, (1972). (Texto por lo demás de gran interés para una bibliografía más específica sobre diversos problemas que el tema plantea).

ECO, Umberto

Lector in Fabula / Umberto Eco. -- Barcelona : Lumen, 1993, (1979).

FREUD, Sigmund

Construcciones en el análisis / Sigmund Freud. (Vol. XXII). Buenos Aires : Amorrortu, 1989, (1937).

FREUD, Sigmund

La interpretación de los sueños / Sigmund Freud. (Vols. IV y V). Buenos Aires : Amorrortu. 1989. (1900).

FREUD, Sigmund

Lo inconciente / Sigmund Freud. (Vol. VII). Buenos Aires : Amorrortu, 1989, (1915).

GADAMER, Hans-Georg.

¿Qué debe saber el lector / Hans-georg Gadamer. // En: Poema y Diálogo -- Barcelona: Ed. Gedisa, 1993, (1971). p. 100-106.

GARCIA PALACIOS, Iván Rodrigo (Compilador).

Leer es / Iván Rodrigo García Palacio // En: El Colombiano, Dominical. Medellín 14 de marzo de 1993. p. 8-16. (Esta compilación acerca de la lectura contiene textos de B. Sanín Cano, Cervantes, E. Zuleta, Dostoyevski, A. Mutis, C. Couffon, J. Guillén, W. Somerset Maugham, E. Obregón, C. Sagan, C. Pavese, G. Cadavid Uribe y Macedonio Fernández).



GIUSTI, Roberto F.

Los libros de cabecera / Roberto F. Giusti // En: *La Biblioteca Informa, Boletín del Depto. de Bibliotecas de la Universidad de Antioquia*. -- Medellín. No. 23 (Marzo de 1992).

GREIMAS, A. J. y COURTÉS J.

Semiótica / A. J. Greimas y J. Courtes // En: *Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. (Tomos I y II). -- Madrid: Gredos, 1991, (1986). (Biblioteca Románica Hispánica. V. Diccionarios, 10). (De este diccionario es posible anotar algo análogo a lo indicado aquí a propósito del diccionario de Ducrot y Todorov).

HABERMAS, Jürgen.

De L'éthique de la discussion / Jürgen Habermas. Cerf. -- Paris: 1992, (1991).

HEIDEGGER, Martín.

El ser y el tiempo / Martín Heidegger. -- México: Fondo de Cultura Económica, 1967, (1927).

ISER, Wolfgang.

El acto de leer / Wolfgang Iser. (Col. Persiles, No. 176). -- Madrid: Taurus 1987, (1976). (En este texto se podrá encontrar una abundante bibliografía, especialmente sobre la crítica literaria y la lectura. También un examen del problema desde el punto de vista lingüístico).

JAKOBSON, Roman.

Ensayos de lingüística general / Roman Jakobson. -- Barcelona: Ariel, 1984.

JAKOBSON, Roman y LEVI-STRAUSS, Claude.

«Los Gatos» de Baudelaire / Roman Jakobson y Claude Levi-Strauss. Buenos Aires: Ediciones Signos, 1970, (1962).

LACAN, Jacques.

L'acte psychanalytique / Jacques Lacan. (Seminaire 1967-68). Notes de cours.

LACAN, Jacques.

Conversaciones con Lévi-Strauss, Foucault y Lacan / Jacques Lacan. Entrevistas de Paolo Caruso. -- Barcelona: Anagrama, 1969.



LACAN, Jacques.

Escritos 1 / Jacques Lacan. -- México: Siglo XXI, 1984.

LACAN, Jacques.

El saber del psicoanalista / Jacques Lacan. (Charlas de J. Lacan en Sainte Anne 1971-1972). [s.l., s,n]. Notas de curso.

(Las anteriores son algunas referencias de importancia, no las únicas, que pueden considerarse en la obra de Lacan, a propósito de algunos de los puntos aquí planteados. Esto sucede igualmente con otros autores citados en esta bibliografía. No hemos mencionado en este lugar sus referencias a la lectura consignados en la mayor parte de sus seminarios, las cuales son numerosas, por no haber establecido un seguimiento puntual de las mismas. Sin embargo en seminarios como *Aún* u otros es posible hallar consideraciones valiosas al respecto).

LÉVI-STRAUSS, Claude.

Regarder Ecouter Lire / Claude Levi-Strauss. -- París: Plon, 1993.

LYONS, John.

Lenguaje, significado y contexto / John Lyons. -- Barcelona: Paidós, 1983, (1981). (Col. Paidós Comunicación, # 6).

NABOKOV, Vladimir.

Buenos lectores y buenos escritores / Vladimir Nabokov. // En: Curso de literatura europea. -- Barcelona: Bruguera, 1983, (1950).

MESCHONNIC, Henry.

Des mots et des mondes / Henry Meschonnic. -- París: Hatier, 1991.

MILLER, Jacques Alain.

Acerca de las interpretaciones / Jacques Alain Miller // En: Escansión No. 1. -- Buenos Aires: Paidós. (1980). pp. 155-171. (Col. Biblioteca Freudiana).

MILLER, Jacques Alain.

E_UWK. / Jacques Alain Miller // En: Sobre la interpretación. Seminario Hispano hablante dictado por C. Soler y otros. -- París: julio de 1994. -- Caracas, mayo de 1995. pp. 45-49. Edición de la Escuela del Campo Freudiano de Caracas.



MILLER, Jacques Alain.

Extimidad / Jacques Alain Miller. // En: *El Analicón*, No. 2. -- Barcelona: Correo / Paradiso, 1987, (1986); p. 13-27.

MILLER, Jacques Alain, SOLER, Colette y otros.

Acto e interpretación / Jacques Alain Miller, Colette Soler Etal. -- Buenos Aires: Manantial, 1984.

PANOFSKY, Erwin.

Essais d'iconologie / Erwin Panofsky. -- París: Gallimard, 1979, (1939). (Se nos informó, sin mayores precisiones bibliográficas, que existe también traducción al español de este libro, en Alianza Editorial).

PEREZ, Juan Fernando.

Acerca del malentendido en los vínculos humanos / Juan Fernando Pérez. // En: *Memorias del Primer Seminario Internacional de Periodismo*. Abril 19, 20, 21 de 1989. -- Medellín: Imprenta Municipal, p. 100-103.

PROUST, Marcel.

Sobre la lectura / Marcel Proust. -- Valencia: Pre-textos, 1989. (Ensayo No. 104).

RUSKIN, John.

Sésamo y lirios / John Ruskin. -- Buenos Aires: Espasa Calpe, 1976. (Col. Austral, No. 958).

SIERRA, Rubén.

Elogio de la lectura ociosa / Rubén Sierra // En: *Magazine Dominical de El Espectador*. -- Bogotá No. 466. (29 de marzo de 1992); p. 10-11.

STEINER, Georges.

Lenguaje y silencio / Georges Steiner. -- Barcelona: Gedisa, 1982, (Col. Hombre y Sociedad, Serie Mediaciones, No. 7). (1976).

STEINER, Georges.

Ontologie de la lecture / Georges Steiner. // En: *Magazine Litteraire*. -- Paris: No. 285. (Feb. de 1991), p. 79-82.



TODOROV, Tzvetan.

Teorías del símbolo / Tzvetan Todorov. -- Caracas: Monte Avila Editores, 1981.

WARNING, R. (Ed.)

Estética de la recepción / R. Warning. -- Madrid: Visor, 1989.

ZULETA, Estanislao.

Encanto y terror de la palabra / Estanislao Zuleta. // En: Sobre la idealización en la vida personal y otros ensayos. -- Bogotá: Procultura. 1985. p. 27-32.

ZULETA, Estanislao.

Sobre la lectura / Estanislao Zuleta // En: Revista Unaula. -- Medellín No. 2. (Septiembre de 1982); p. 4-14.

